



Un zoo en el fin del mundo

Ma Boyong



Un zoo en el fin del mundo

Ma Boyong

Traducción de Anne-Hélène Suárez Girard,
con la colaboración de Qu Xianghong

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1558

Título original: *The Zoo on the Grasslands*

© Ma Boyong,

Publicado de acuerdo con CITIC Press Corporation en conjunto con
The Grayhawk Agency Ltd,
Por mediación de International Editor's.

© por la traducción del chino, Anne-Hélène Suárez, 2022, con
la colaboración de Qu Xianghong

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-233-6072-7

Depósito legal: B. 273-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO I

La ciudad de Guihua

Los brotes iniciales de esta historia no aparecen en Chifeng, sino en la ciudad de Guihua, en Suiyuan.¹

En la época del reinado de Guangxu,² a finales de la dinastía Qing, un misionero cristiano llegó a Guihua desde la lejana Londres. Su nombre era Jack George, pero en chino se llamaba Hua Guoxiang. La Misión al Interior de China³ le había encomendado abrir nuevas vías en ese punto estratégico de la Mon-

1. Guihua 归化 es el nombre que tuvo la actual capital de Mongolia Interior, Hohhot («Altar azul»), durante las dinastías Ming y Qing, al volverse ciudad vasalla del Imperio chino (Guihua se podría traducir como «regreso a la civilización»). Ya en la dinastía manchú de Qing, el emperador Kangxi mandó construir la ciudad de Suiyuan como plaza defensiva contra los ataques de los mongoles del norte. La sede del gobierno de la prefectura estuvo en Suiyuan hasta principios del siglo xx. Tras recuperar brevemente su nombre mongol durante la invasión japonesa, en los años treinta, la ciudad volvió a llamarse Hohhot después de la Revolución de 1949.

2. Nombre honorífico de Aisin Gioro Zaitian, décimo emperador de la dinastía manchú de Qing. Reinó oficialmente de 1875 a 1908, aunque bajo la regencia de su tía, la emperatriz viuda Cixi.

3. China Inland Mission: sociedad china de evangelización

golia china y difundir la gloria del Señor por las tierras de Mongolia.

Hua Guoxiang llegó a la ciudad de Guihua junto con su esposa, alquilaron una casa en el callejón de Shuiqu, en el recinto de la empresa comercial Yongning, donde establecieron la misión y crearon la primera iglesia protestante, a la que llamaron el «Templo de Jesús». Inicialmente se basaba, según lo acostumbrado, en la antigua doctrina eclesiástica, y, antes de sus sermones en la iglesia, distribuía biblias. Lástima que la mayoría de los habitantes del lugar no mostraran el menor interés y, pese a que Hua Guoxiang agotaba sus recursos en oratoria, no conseguía atraer a mucha gente a la iglesia dispuesta a escucharlo. Huelga decir que sus feligreses nunca fueron legión.

La esposa de Hua era muy versada en medicina occidental y, mientras su marido estaba ocupado predicando, ella había instalado un hospital en el pasaje Sanxingcheng de la calle Shuncheng, donde trataba mediante esa terapéutica, y obtuvo una excelente reputación. Muchos de los pacientes que se habían beneficiado de sus tratamientos le estaban profundamente agradecidos, y ella aprovechaba para convencerlos de que se convirtieran, de modo que, con los años, el número de fieles a los que inspiró llegó a ser mayor que el que había conseguido Hua Guoxiang.

Había en Guihua un templo del Dios de la Riqueza, construido en el segundo año del reinado de Yongzheng.⁴ Frente al templo se elevaba un escenario de

fundada por Hudson Taylor (1832-1905), misionero cristiano evangelista baptista.

4. Yongzheng 雍正: nombre de era del emperador Yin-zhen (Aisin Gioro Injen) de Qing, el tercero de la dinastía manchú, y del período que abarca su reinado (1722-1735).

dos niveles, espacioso y despejado, llamado «Torre de la Música». Para todas las ceremonias de ofrenda al Dios de la Riqueza, acudían grupos de música y de teatro al escenario a amenizar la fiesta. Alrededor de él se agolpaban los espectadores, apiñándose como sardinas en lata. Había más animación todavía que en la víspera de Año Nuevo; era con diferencia el lugar más concurrido de Guihua. Un día, Hua Guoxiang pasó casualmente por allí y, ante un espectáculo tan animado, no pudo evitar suspirar, alzando la mirada al cielo: «Si tuviera yo tal multitud de fieles, podría morir tranquilo».

Al oírlo, su esposa se conmovió y trató de hacerlo entrar en razón. Por desgracia, de ese modo puso el dedo en la llaga, y Hua Guoxiang tuvo una gran discusión con ella. Por lo general, el matrimonio se mostraba un gran respeto mutuo, pero, debido a esa minucia, surgió la discordia. Deprimida por el disgusto, la esposa de Hua enfermó y tuvo que guardar cama. Muy arrepentido, Hua Guoxiang escribió a la Misión al Interior de China pidiendo ayuda, rogándoles encarecidamente que le enviaran cromos de paisajes de su Inglaterra natal, con la esperanza de disipar la congoja de su esposa.

En la sede central de la MIC había un hombre que siempre había tenido amistad con Hua Guoxiang. Le escribió contándole una anécdota curiosa: en Europa había aparecido un nuevo invento, semejante a una cámara fotográfica, pero, al accionar la rotación ante la caja de luz, el aparato podía proyectar imágenes en movimiento. Se llamaba «cinematógrafo». El amigo le sugería hacerse con uno y filmar unos paisajes de su tierra natal: tal vez con ello lograra aliviar la melancolía que sentía su mujer.

Al enterarse, Hua Guoxiang sintió una inmensa alegría. Encargó a alguien que le comprara un cinematógrafo; esa persona acabó consiguiéndolo y, después de un larguísimo periplo, el aparato llegó a la ciudad de Guihua. Al ver la película, la esposa de Hua recobró efectivamente su estado de ánimo. Una vez curada, dijo a Hua Guoxiang que esa máquina producía imágenes tan vívidas como si fueran reales, que era verdaderamente admirable, pero que al ser solo para su propio disfrute, constituía un derroche excesivo; para eso, más valía venderla, de modo que compensara los gastos de la misión.

Hua Guoxiang se mostró un tanto reacio. Le parecía que si el asunto había empezado en el templo del Dios de la Riqueza, allí mismo debía terminarse. Apenas tuvo tiempo de pensarlo cuando, de pronto, se le ocurrió una idea maravillosa.

Al cabo de un mes, los habitantes de Guihua descubrieron de repente que la ciudad estaba llena de carteles que anunciaban que, en tal fecha, en la Torre de la Música del templo del Dios de la Riqueza, se vería algo prodigioso, que el espectáculo nocturno sería gratuito, etcétera, etcétera. Los habitantes supusieron que se trataba de un truco de alguna nueva compañía teatral. A las gentes de Guihua les encantaba la diversión, de modo que, en la fecha indicada, delante del templo del Dios de la Riqueza se reunieron a mares. No esperaban encontrarse la Torre de la Música sumida en el más completo silencio. En lo alto solo había un occidental narizotas con una extraña caja. Tras él, la pared había sido pintada de un blanco níveo.

El occidental narizotas, por supuesto, era Hua Guoxiang. Cuando vio que ya estaba casi todo el mundo allí, puso en marcha el cinematógrafo. Súbitamente,

en la pared blanca aparecieron proyectadas *La llegada de un tren de la Ciotat* y *Salida de los obreros de la fábrica Lumière*, así como diversos paisajes de Inglaterra. Al ver aparecer de repente esos hombres y animales vivos en la pared, hasta el último habitante de Guihua quedó sobrecogido y, por instinto, hicieron ademán de salir huyendo. Al cabo de unos momentos se dieron cuenta de que solo eran imágenes ilusorias. Poco a poco se fueron tranquilizando y se quedaron viendo las películas embebidos, fascinados.

Hasta la medianoche, los espectadores siguieron reunidos al pie del escenario, disfrutando una y otra vez de ese teatro de sombras eléctricas tan novedoso. Al final se presentaron allí las autoridades, dijeron que había que irse, y se detuvo la proyección. Al encenderse las luces toda la ilusión se desvaneció al instante, y solo entonces los espectadores accedieron a marcharse a regañadientes. Así, en la arcaica estepa, la primera aparición de la luz cinematográfica, para la mayoría de los allí presentes, fue el instante de más ensueño de sus vidas, de esos que muchos años después uno recuerda aún de vez en cuando.

En una sola noche Hua Guoxiang ganó una fama resonante. A partir de entonces, los días 1 y 15 de cada mes celebraba una función en la Torre de la Música, y los demás días, en misa, proyectaba algunos fragmentos en la iglesia. A cada función afluían multitudes; hasta los nobles y los lamas acudían corriendo a ver las películas. La gente de la época las llamaba «teatros de sombras». Y Hua Guoxiang aprovechaba la ocasión para predicar, con excelentes resultados. Los *Anales de Suiyuan* dicen: «La proyección de películas en la Torre de la Música del templo del Dios de la Riqueza se celebraba por la noche de forma gratuita, reuniendo a

una gran multitud, ocasión que se empleaba para difundir las enseñanzas de Jesús e inculcar la fe». Resulta evidente que el resultado de la evangelización fue óptimo. Gracias a ese eficaz instrumento, Hua Guoxiang fue célebre en toda la región de Suiyuan, y su labor predicadora progresó a una velocidad extraordinaria.

El logro de Hua Guoxiang fue narrado por un periodista en un reportaje publicado en *China Communication*. Aquella escena maravillosa del teatro de sombras eléctricas en la estepa, poco a poco, cruzó mares y océanos y llegó hasta Europa, América y otros continentes; se difundió ampliamente en los círculos de misioneros, y todos la contaron con deleite. Por desgracia, para la mayoría esto no fue, al fin y al cabo, más que un tema de conversación atractivo por su novedad. Con el paso del tiempo fue cayendo en el olvido y, junto con la arcaica estepa y las gentes que en ella vivían, quedó enterrado en viejos libros sin que se volviera a saber de ello.

Años después, como por determinación del destino, un pastor norteamericano de la Iglesia congregacional entró en la biblioteca pública de Memphis, hojeó un polvoriento ejemplar del *China Communication* y leyó casualmente esta historia del pasado. De pronto tuvo una inspiración y levantó la cabeza mirando al cielo. Una misteriosa sonrisa se dibujó en su rostro...

Y eso fue lo que sucedió.